



Pedagogía Social. Revista

Interuniversitaria

ISSN: 1139-1723

pedagogiasocialrevista@upo.es

Sociedad Iberoamericana de Pedagogía  
Social  
España

Martín García, Antonio Víctor

LA MEDIDA DE LAS COSAS (O DE LAS COSAS QUE SE PUEDEN MEDIR)

Pedagogía Social. Revista Interuniversitaria, núm. 28, 2016, pp. 7-10

Sociedad Iberoamericana de Pedagogía Social

Sevilla, España

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=135047100001>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal  
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

## EDITORIAL

### LA MEDIDA DE LAS COSAS (O DE LAS COSAS QUE SE PUEDEN MEDIR)

### THE MEASURE OF THINGS (THAT CAN BE MEASURED)

Uno de los aspectos fundamentales a la hora de desarrollar un trabajo de investigación es el relacionado con el desarrollo y/o uso de instrumentos para la recogida de información. Con frecuencia encontramos estudios que utilizan diferentes tipos de instrumentos elaborados sin la menor preocupación por cuestiones relacionadas con la fiabilidad y validez de los mismos. Del mismo modo que existen escalas e instrumentos para la medida de un buen número de constructos, variables y dimensiones psicológicas y/o pedagógicas, y que tienen un importante valor para los profesionales de la educación escolar, podemos pensar que es necesario ampliar el número y calidad de escalas e instrumentos para medir (valorar) determinados aspectos que puedan ser de interés para los educadores e investigadores cuya actuación o interés se sitúa en contextos sociales, siendo conscientes de las dificultades que ello comporta.

El nivel de exigencia que cada vez más se impone a las publicaciones científicas implica también considerar este elemento, que es valorado como un indicador añadido de calidad de las mismas. Tal es así, que, por poner un ejemplo, bastantes revistas científicas consideran insuficiente ya el consabido coeficiente alfa de Cronbach (para el caso de la consistencia interna de los instrumentos de medida) y requieren explícitamente a sus autores pruebas precisas sobre la idoneidad de las escalas e instrumentos de recogida de datos utilizados, en particular, en aquellos casos en los que no se utilicen pruebas estandarizadas o suficientemente contrastadas. Desde un punto de vista

metodológico el motivo es evidente: si no se prueba que se ha medido adecuadamente determinado aspecto de la realidad estudiada, difícilmente se podrá apostar por la credibilidad de los resultados obtenidos, y en consecuencia se resiente notablemente el valor científico del trabajo presentado. Pero, al tiempo que se desacredita metodológicamente el trabajo, lo hace también, en su conjunto, el medio a través del cual se difunde.

La cuestión que se plantea es si podemos trasladar los esquemas de exigencia propios de otras disciplinas a nuestro campo de análisis, en base a la naturaleza y el tipo de estudios que son habituales en educación social. Problema que viene de antiguo y que tiene que ver con los supuestos de científicidad aplicable al conjunto de las ciencias sociales. Quede claro que no estamos reactivando antiguos debates sobre la superioridad de unos determinados planteamientos paradigmáticos sobre otros en educación, ni mucho menos nos posicionamos en favor de ninguno en particular. Al contrario, asumimos que la exigencia de sistematización y rigor metodológico son aplicables a cualquiera de los enfoques de investigación desde el que se parte. Defendemos aquí sencillamente una mayor atención hacia formas de trabajo y de investigación que son asumidas con naturalidad por otras disciplinas que comparten con la pedagogía social escenarios y temáticas investigativas. Es precisamente a este tipo de metodología de recogida de información, fundamentalmente basada en la aplicación de escalas o pruebas diseñadas para ese fin a la que específicamente nos referimos en estas líneas.

Planteado así nuestro propósito, cabe hacer la cuestión ontológica por excelencia sobre dónde se sitúan los límites de la medición, si realmente se pueden medir todas las cosas o qué cosas se pueden medir. Simplificando mucho, la distinción Kantiana entre “cosa en sí” y “cosa para nosotros” (al margen de su patente reduccionismo) ejemplificaría los límites del conocimiento humano al poner en evidencia que existen cosas que sí es posible conocer (“cosa para nosotros”) y otras que son incognoscibles (“cosa en sí”) o, al menos no lo son con el conocimiento disponible en un momento histórico dado. Por ejemplo, realmente ¿se pueden medir los afectos, las emociones?, ¿podemos encontrar un indicador para conocer el nivel de ira, los grados de paciencia, el volumen de la satisfacción, la distancia de la indiferencia, o el peso de la ternura...?. Evidentemente, si aplicamos la lógica de las magnitudes a realidades no físicas, la respuesta es no. La definición dada en las ciencias físico-naturales al concepto de medida en tanto que resultado de medir, es decir, de comparar la cantidad de magnitud que queremos medir con la unidad de esa magnitud y que es expresada mediante una notación numérica, es suficientemente explícita sobre la significación dada a la medida desde este tipo de enfoque, y que se presume en tanto que “criterio de verdad”. Una obra que ilustra claramente esta idea es el interesante libro de Ian Whitehead titulado “A Measure of All Things: The Story of Man and Measurement” (trad., Ed. Oceano, 2009)”, en el que se presentan prácticamente todas las unidades de medida aplicadas al mundo físico (metro, yarda, pie, pulgada, centímetro, milla náutica, mol, mes, día, hora, segundo, punto, acre, hectárea, cadena, vara, estadio, amstrong, attómetro, longitud de Planck, año luz, parsec, byte, gota, pinta, cuarto, galón, barril, dracma, caloría, voltio, julio, newton, erg, vatio, libra, hercio, revoluciones por segundo, nudo, caballo de vapor, kilovatio, , celsius, farenheit, etc., hasta 300 unidades de medida). En una línea similar, el libro de Ken Alder titulado “la medida de todas las cosas. La odisea de siete años y el error oculto que transformaron el mundo” (Taurus. Bogotá. 2003. 494 p.), enfatiza el valor de la media, pero también pone de manifiesto algunas de las contradicciones propias de los excesos en el culto a la estandarización. Evidentemente, estos libros representan la perspectiva cuantitativa en su sentido más puro y directo, que es claramente insuficiente para el investigador educativo-social, generalmente más interesado en cuestiones que entrañan una búsqueda de información que va más allá de lo físicamente observable y cuantificable. Pero si nos situamos en el polo contrario a esta visión, utilizando por ejemplo el famoso aforismo de Protágoras: *Homo omnium rerum mensura est* (“el hombre es la medida de todas las cosas”) podríamos caer igualmente en un subjetivismo excesivo, encarnado en el relativismo sofista, la negación de los absolutos desde la idea que

las cosas dependen de la mirada del observador, aceptando en consecuencia que cada ser humano puede establecer su propio criterio para percibir, medir u observar las cosas. Cuestión que, en definitiva, implicaría asumir la existencia de tantas realidades o verdades como individuos. Aspecto difícilmente compatible con la lógica de la investigación científica.

Es evidente que las limitaciones a la hora de valorar determinados aspectos como son las emociones y sentimientos, las percepciones sobre nosotros mismos o sobre otros, analizar la cantidad o calidad de múltiples aspectos sociales que corresponden a diversos procesos de interacción personal, etc, son extensibles al conjunto de las ciencias sociales, no sólo a la pedagogía social. Por lo tanto, nuestra posición aquí es que la Pedagogía Social necesita de un gran esfuerzo colectivo para identificar, construir, validar y sobre todo utilizar escalas para medir, si no todas las cosas, al menos aquellas que razonablemente así lo permitan. Creemos que esto es necesario por la propia supervivencia de la investigación socioeducativa. En el artículo de los profesores March, Orte y Ballesster del pasado número de nuestra revista, se recogía con claridad esta misma posición referida en ese caso a la necesidad de una cultura de la evaluación planteada con seriedad y rigor, y no solo como un instrumento de conocimiento de los procesos de intervención socioeducativa desarrollados, sino también como un elemento fundamental para el re-conocimiento y afirmación profesional y académica de pedagogos y educadores sociales. En la misma línea, en el magnífico editorial del profesor J. Ortega (también en el número 27) se urgía la necesidad de evitar en lo posible el ensayismo, el abandono a trabajos de tipo retórico o el recurso a instrumentos “caseros” de recogida de datos. Nosotros aplicamos estas mismas ideas referidas aquí a la importancia de utilizar en los estudios de investigación socioeducativa instrumentos de medida validados y adaptados a las poblaciones donde se van a aplicar, que, entre otras cosas, permitan establecer discusiones fundadas en base a la comparación de resultados alcanzados en estudios realizados así bajo ciertos supuestos de similitud.

Si exploramos cualquier ámbito de estudio comprobaremos que en todos, o la mayor parte, existe un gran número de dimensiones, factores, indicadores, constructos, que ha sido identificados como variables de análisis y para las que se han creado también diferentes tipos de instrumentos de medida. Vamos a exemplificarlo a continuación para el caso del envejecimiento y/o de las personas mayores, citando telegráficamente algunos de estos indicadores y las escalas más conocidas para su valoración.

Así, uno de los constructos más utilizados y analizados en gerontología en los últimos años es el concepto de “calidad de vida”, que contempla diferentes tipos de dimensiones como son: “bienestar emo-

cional”, “bienestar físico”, “bienestar material”, “relaciones interpersonales”, “inclusión social”, “desarrollo personal”, “autodeterminación y derechos” (para la valoración objetiva de la calidad de vida citamos la Escala GENCAT elaborada por Verdugo, Shalock y otros). Desde una perspectiva subjetiva, la calidad de vida en la vejez suele estar asociada a los conceptos de “Satisfacción Vital” (el Life Satisfaction Index (LSI-A) de Neugarten, Havinghurst y Tobin, por medio de 20 afirmaciones evalúa el nivel de satisfacción vital, a partir de indicadores como son el “entusiasmo”, la “determinación y fortaleza”, la “congruencia entre objetivos deseados y alcanzados”, el “autoconcepto positivo” y el “estado de ánimo”; el “Bienestar psicológico o Bienestar subjetivo” (medidos también a través de diferentes tipos de escalas, siendo una de las usadas en España las escalas de Bienestar Psicológico de Ryff en la versión de 54 que mide los factores: “autonomía”; “dominio del ambiente”; “autoaceptación”; “relaciones positivas con otros”; “crecimiento personal y propósito en la vida”) y la “Autoestima” (medida tradicionalmente con la Escala de Autoestima de Rosenberg, que valora los sentimientos de “valía personal” y de “respeto a sí mismo”). Junto a este tipo de medidas, generalmente de autoinforme, la calidad de vida en la vejez se ha relacionado también con la salud. Algunas escalas utilizadas en esta línea son, por ejemplo, las escalas EQ-5D (que comprende las dimensiones de “movilidad”, “autocuidado”, “actividades habituales”, “dolor”, “malestar y ansiedad”, “depresión”); el Perfil de Salud de Nottingham (PSN); las láminas COOP-WONCA (por medio de 6 láminas se valora la “capacidad física”, “sentimientos”, “actividades diarias y sociales”, “cambios y percepción de la salud global”). En la misma línea podría citarse también la Escala de Realización o valoración funcional de Karnofsky (para la apreciación objetiva del estado funcional, habitualmente para seguimientos ambulatorios); etc.

Un segundo grupo de medidas, de gran interés también para los estudios socioeducativos, tiene que ver con aspectos relacionados con la interacción social, en particular, la estimación del nivel de apoyo social o la soledad en personas mayores. El apoyo social puede valorarse con instrumentos como por ejemplo: el Cuestionario de Apoyo Social Funcional (*Duke-UNC Questionnaire of Functional Social Support*); la Escala MSPSS (*Multidimensional Scale of Perceived Social Support*) compuesta por 12 ítems, los cuales recogen información del apoyo social percibido por los individuos en tres áreas: familia, amigos y otros significativos; la Escala de Relación Sociofamiliar utilizada para detectar el “riesgo sociofamiliar” de personas mayores de 65, que evalúa: situación familiar, económica, vivienda, relaciones sociales, apoyo de la red social; la Escala de sobrecarga del cuidador (*Zarit El Caregiver Burden Inventory*) que permite conocer el “grado de sobrecarga” de una persona que cuida de alguien dependiente a

partir de los siguientes dominios: “tiempo dependiente”, “sobrecarga en la vida personal, física, social y emocional”; la Escala “GIJÓN” de valoración socio-familiar en el anciano, para la detección de “riesgo social”; etc. Respecto al tema de la soledad, una autora de referencia es la holandesa J. Jenny de Jong Gierveld quien junto a T. Van Tilburg desarrollaron la *Scale for overall, emotional and social loneliness* (versión española Ayala, Rodríguez-Blázquez y otros); otras escalas para la medida de la soledad son también la Escala de Soledad Social y Emocional para Adultos, (SESLA-S) (valorla la experiencia subjetiva de “Soledad Social”, “Soledad Familiar” y “Soledad Romántica o de pareja”); la Escala de Soledad Social ESTE II; etc.

Junto a este tipo de medidas, ampliamente utilizadas en los estudios gerontológicos, podemos citar otras que resultan también fundamentales en el tema de las personas mayores y que tienen que ver con el nivel de capacidad para el desarrollo de actividades instrumentales y de vida diaria. Este aspecto, relacionado con el constructo “funcionalidad geriátrica o estado funcional” de la persona resulta de gran importancia como variable a considerar a la hora de poner en práctica determinados programas socioeducativos para este grupo de edad. Existen numerosos instrumentos para la medida de este tipo de variables, uno de los más conocidos es el Índice de Katz que evalúa el estado funcional de la persona relacionado con el desempeño de actividades de vida diaria (ABVD), con el “autocuidado” y la “movilidad”; pero también son muy conocidos el Índice de Barthel (evalúa 10 actividades de la vida diaria); el Cuestionario OARS-MFAQ que consta de 7 ítems referentes a las actividades básicas o dirigidas al cuidado personal (AVD-B) y otros 7 ítems referentes a actividades instrumentales o de mantenimiento del medio ambiente (AVD-I); la Escala del *Philadelphia Geriatric Center* o de Lawton para valorar las actividades instrumentales de la vida diaria (AIVD) (capacidad de utilizar el teléfono, hacer compras, preparar la comida, cuidar la casa, lavar la ropa, usar transporte, y responsabilidad sobre la medicación y el dinero); la escala de la Cruz Roja española y el *Older Multidimensional Resources and Services* (OARS). Junto a estas escalas de valoración funcional son frecuentemente utilizadas también las de valoración mental. Los instrumentos más socorridos al respecto son el Mini Examen Cognoscitivo de Lobo (MEC); el Test de Pfeiffer y Escala de la Cruz Roja Mental (CRM) o el Test del reloj; etc.

En relación con las actitudes hacia el envejecimiento podemos citar, entre otras, la Escala sobre Actitudes hacia las personas mayores de Tuckman y Lorge (compuesta por 137 frases clasificadas en trece categorías de evaluación que incluyen rasgos de personalidad y características físicas y cognitivas); la Escala de actitudes hacia los adultos mayores de Kogan y Shelton (se trata de frases que establecen una compara-

ción entre personas mayores, y la gente en general); El Cuestionario de Conocimientos sobre el Envejecimiento (*The Facts on Aging Quizzes*), de Palmore; el Cuestionario sobre estereotipos negativos sobre la vejez de Montorio e Izal (contienen afirmaciones de contenido negativo y peyorativo sobre la vejez); la Escala de Ajuste Psicosocial en el Retiro de Rosenkoetter & Garris, (compuesta de 30 ítems evalúa el ajuste psicosocial en la jubilación); etc.

Por último, y en una línea más próxima para los pedagogos y educadores se podrían mencionar aspectos directamente relacionados con el aprendizaje y la memoria, la participación educativa y comunitaria, el uso del ocio y tiempo libre, el nivel de actividad física, etc. En el caso del aprendizaje formal, existen diversos instrumentos como por ejemplo, el *Inventario de Estilos de Aprendizaje* de D. Kolb (que describe las distintas maneras de aprender o las preferencias de aprendizaje; una variación muy conocida de esta escala es la elaborada por Honey-Alonso (CHAEA) sobre estilos de aprendizaje que puede ser también aplicada en adultos y personas mayores); también es interesante mencionar la escala *SDLRS* de Luci Guglielmino (mide, entre otros factores el “gusto por el aprendizaje”, la “creatividad”, la “iniciativa en el aprendizaje”, el “autoconocimiento”, la “aceptación de responsabilidades” o el “autoconcepto”); o el *Continuing Learning Inventory* de Oddy, OCLI, una escala de 24 ítems que evalúa el “nivel de autonomía” y “autodirección”, generalmente más utilizada en población de personas adultas). La participación educativa ha sido medida a través de escalas como la *Social Participation Scale* elaborada por Boshier, que evalúa diferentes orientaciones o preferencias (“intereses cognitivos”, “ajuste vital”, “estimulación”, “relaciones humanas”). Para el uso del ocio y tiempo libre podemos citar el *Inventario de Actividades de Ocio del Adulto Mayor* (INACOAM) y sobre todo pueden seguirse los trabajos realizados en el Instituto de Estudios del Ocio de la Universidad de Deusto (M. Cuenca, A. Goytia, etc.); Respecto a la actividad física citamos el trabajo realizado por Guirao-Goris, Cabrero-García y otros (Gaceta Sanitaria, Volume 23, (4), 2009, pp. 334.e1-334.e17) en el que recogen hasta 36 instrumentos para medir el nivel de actividad física en adultos mayores. De entre ellos, destacamos aquí el *Minnesota Leisure Time Physical Activity Questionnaire* que ha sido aplicado en España.

La lista podría ser casi ilimitada. Hemos citado varias decenas de escalas o instrumentos de medida aplicados a un ámbito concreto como es el de la vejez y los procesos de envejecimiento. Del mismo modo po-

dría hacerse con otros muchos temas de interés en pedagogía y educación social.

La sentencia completa de Protágoras «El hombre es la medida de todas las cosas, de las que son en cuanto que son, de las que no son en cuanto que no son» suele ser también interpretada en el sentido de que las cosas tienen el valor que los hombres (en sentido universal), no a título individual, sino colectivamente, quieran darle y por lo tanto este valor dependerá del consenso establecido por un conjunto o por una determinada parte de la comunidad científica. Por este motivo, la línea editorial de *Pedagogía Social. Revista Interuniversitaria* apuesta decididamente por potenciar y ayudar a apuntalar los esfuerzos que se realicen en esta dirección, con las herramientas que posee una revista científica: selección cuidadosa de artículos en los que se aprecia ese rigor metodológico, continuidad y seguimiento del proceso de creación y validación de nuevas escalas e instrumentos de medida y de todos aquellos recursos de evaluación que son de interés para los profesionales y los investigadores educativo-sociales, de los que la revista puede hacerse eco y ofrecerse como medio de difusión y espacio de reflexión. Esta es también la razón por la que el Consejo Editorial de la revista propondrá en un próximo número monográfico la cuestión específica de las escalas e instrumentos de medida en pedagogía/educación social. En él participarán destacados especialistas en el tema y será abierto para todos los autores que quieran colaborar enviando trabajos sobre este particular.

Es posible que a través de este tipo de escalas y otras muchas similares no seamos capaces de alcanzar la dimensión nouménica de la realidad (de la que hablaba Kant, “las cosas en sí”), sin embargo, todo este conjunto de pruebas e instrumentos de medida desarrollados por los científicos son útiles y necesarios para muchos investigadores y en especial pueden ayudar a los estudiantes de Grado y Máster en sus trabajos de investigación, algunos de estos instrumentos pueden y deben ser utilizados además para el cribaje o “screening”, al objeto de seleccionar adecuadamente las muestras o los participantes que son objeto de estudio, y desde luego sirven para establecer un necesario consenso sobre la validez de las medidas realizadas sobre algún aspecto particular de la realidad, base, todo ello, para el avance del conocimiento científico.

Antonio Víctor Martín García  
Director de *Pedagogía Social. Revista Interuniversitaria*